

Artes & Letras

EL BUHO, Arequipa, 28 de noviembre de 2010

Aunque no exhaustiva, la siguiente es la historia de una de las mujeres más notables de Arequipa de comienzos de siglo, la historia de un compromiso sólido entre lo que se dice y lo que se hace, la historia que no termina de hacerse porque aún se sigue escribiendo sobre ella, la de la consecuencia, la de los cien años de Adela Montesinos.

■ ARTHUR ZEBALLOS HERRERA
azeballos@elbuh.com.pe

Esta narración se inicia el año 1910, cuando a Arequipa le crecían nuevas avenidas y se construían puentes que cruzaban el viejo y caudaloso río que observa impasible hasta hoy el impulso de su ciudad. Un impulso, que hace exactamente un siglo, no sólo era evidente en la arquitectura y expansión de los horizontes, sino, aun más importante, en la sólida sinergia de la respetable y madura clase intelectual.

De esa sobria cantera de intelectuales emergió precisamente Adela Montesinos, quien, como anécdota, no nació en la cuna de blanco sillar y el verde campo de Arequipa, sino en medio de la humedad y el cielo gris de Lima. Pero eso, como bien apunta Dunia Espinoza Montesinos, su hija, solo fue circunstancial. Luego todo vino de esta ciudad. La primera formación la recibió un par de años en un colegio de señoritas, del cual fue expulsada por llevar consigo al proscrito de Víctor Hugo; lo demás lo aprendió en casa del padre progresista, y en especial de los cientos de libros acodados en el entorno familiar.

Ya a los 19 años era una mujer inquieta e inquietante. Su participación en la fundación del partido comunista de Are-

quipa es un primer gesto que luego dio paso a una pasión mayor: la escritura. Años antes, en sus constantes lecturas había descubierto los postulados de Gregorio Marañón, un científico español que postulaba la igualdad de capacidades entre el hombre y la mujer. Esta y otras lecturas innovadoras animarán a Adela Montesinos a redactar una serie de artículos de índole feministas para el diario Noticias y que, como es obvio, causara un revuelo sin igual en la ciudad. Todos estos artículos escritos bajo el pseudónimo de Alma Moreva, en el transcurso del año 1930 representan la primera manifestación de un discurso feminista coherente en Arequipa. Claro está que no representan la problemática general de la mujer arequipeña, y que más bien versan sobre el entorno social al cual pertenecía Adela. De tal forma, problemas como la de la dependencia económica de la mujer por el hombre o la seducción y posterior aprovechamiento de los hombres en pos de la escala social, o simplemente el problema que significaba el ser una madre soltera son temas que tratará ampliamente en sus artículos publicados en el diario arequipeño.

Todos los artículos, bien argumentados y puleramente escritos, causarán de inmediato una polémica en la cual se evidenciaba la rancia y conservadora sociedad arequipeña. Su defensa de los derechos de la mujer atrajo el escándalo de pocas, pero más fueron las que apoyaron las nuevas ideas que Adela a sus 20 años impartía no sin temor de ser descubierta en su identidad. Precisamente debido a ello es que decide dejar Arequipa y residir por un tiempo en la capital.

Llega a Lima el año 1930. De inmediato se vincula al grupo Mariátegui y otros círculos cercanos a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos donde conoce a su primer esposo. Pompeyo Herrera es un dirigente estudiantil comunista y debido a su constante actividad política es encarcelado y torturado en El Frontón. Su destierro se inicia en Centroamérica, pero recae definitivamente en Santiago de Chile, hacia donde Adela, su esposa, viaja con Guillermo, su primer hijo. En Santiago, luego de una penosa tuberculosis, Pompeyo muere y deja viuda a Adela a los 24 años. Durante este tiempo se vincula al movimiento por la emancipación de la mujer chilena y publica algunos artículos en el periódico "La Mujer Nueva".

3 años después vuelve al Perú. Se inicia entonces una época de cierto sosiego. Se casa por segunda vez en Arequipa con Gustavo Espinoza y junto con su nueva familia viaja al Valle de Tambo donde residirá por varios años. Es en este pueblo donde se inicia otra de las pasiones de Adela: la poesía, que casi al final de su vida publicará en un pequeño libro titulado "Arcos Hondos".

Pero vida y obra no están, no podrán estar nunca en unas cuantas líneas. Se escribirán artículos y notas celebres, como la del periodista Gustavo Gorriti, que en Caretas recordaba la casa de Adela como un lugar donde todo era escaso, pero no así los libros. Se publicarán libros y todos podrán leer cada uno de sus artículos y poemas, pero lo que no se podrá hacer será saber más allá de lo que la obra permite y la vida restringe. Esas cosas solo quedarán en el recuerdo de algunas cuantas personas, como el de su hija Dunia, que ahora vuelve a la ciudad de su madre para devolver algo que le pertenecía.

ADELA MONTESINOS

Un siglo de feminismo

